

Una biblioteca emocional

Opina Ramón Eder que regalar libros que nos gustan es la forma más generosa de ejercer la crítica literaria. Esa máxima se la podríamos aplicar a cualquiera de las *nouvelles* de Mary Ann Clark Bremer, que ahora se reúnen en uno solo volumen, con un título de origen shakespeariano, *Cuando asedien tu faz cuarenta inviernos*. Nacida en Nueva York en 1928 y fallecida en Ginebra en 1996, viajó y vivió por todo el mundo, empezó a escribir sus memorias ya mayor, alentada por el escritor Friedrich Dürrenmatt. En su lengua original, sus escritos se conocieron auspiciados por el título genérico de *Notebooks*. El editor Philippe Dubois dijo del artista Chris Marker que es el más célebre de los cineastas desconocidos; algo extrañamente semejante ocurre con Clark Bremer. Escribió en varias lenguas y su legado quedó disperso, y enmascarado muchas veces por seudónimos, lo cual la convirtió en una escritora secreta.

Una biblioteca de verano es una historia de regeneración, individual y colectiva. Al término de la II Guerra Mundial, una joven norteamericana, lastrada por una historia de miseria y orfandad, busca acomodo en una pequeña población del norte de Francia, donde recordará veranos y paisajes de su infancia. La suya es una tragedia, envuelta en un ambiente de cruda posguerra y privaciones. Llega a La Bienhereuse, antigua casa familiar, desazonada y con la certeza de saberse desamparada. Tampoco allí hallará consuelo inmediato; su tío Marcel, que la educó en el amor por la lectura, ha



La escritora Mary Ann Clark Bremer

fallecido poco antes, de muerte natural; no obstante, le ha dejado todos sus libros. La joven (que tanto se parece, autobiográficamente, a Clark Bremer) se propone entonces reorganizar la biblioteca que le ha legado Marcel, compuesta por cientos de volúmenes, y, a petición del alcalde, abrirla al público. Sus recomendaciones a los vecinos del pueblo la harán formar parte fundamental de esa comunidad. Los libros se convierten en un refugio, un bálsamo que despierta sus emociones, ofrecen evasión y ayudan a mitigar la desesperación.

Cuando acabe el invierno narra los años que se presuponen siguen a la vida reposada de La



Escribió en varias lenguas y su legado quedó disperso, y enmascarado muchas veces por seudónimos

Bienhereuse. Tras un matrimonio

y diez años de felicidad, su marido muere trágicamente en Israel y Mary se vuelca en libros le proporcionan una ayuda impagable —sobre todo, los de V. Woolf, con la que dialoga en su fantasía casi a diario— y facilitan la catarsis mediante la escritura íntima: “El cuaderno no era mi confesor, sino el taller donde me abría en canal a mí misma y analizaba mis vísceras y mis pensamientos”.

Otra de las *nouvelles* se sitúa en París, a comienzos de los años sesenta. Una curiosa historia acerca del idilio entre una princesa rusa y un selecto librero cu-

yo local está situado en el barrio judío de Marais. En *Una pasión parecida al miedo*, vuelve a narrar un amor imposible con una contención y minimalismo exquisitos. Un hombre y una mujer, ambos viudos, desconocidos entre sí hasta entonces, coinciden en un hotel de Berna durante una semana. Intuimos que él arrastra un trágico pasado, ligado al holocausto y los campos de exterminio. Cada día pasearán por la ciudad y se sentirán como confidentes el uno del otro.

La prosa de Clark Bremer está tocada con la gracia de un lirismo clásico y por un vago aroma a tranquilo romanticismo. Se acerca en intensidad lírica a la de M. Duras; destila elegancia y sobriedad, y tiene la fuerza catalizadora de las grandes novelas del siglo XX. La literatura como tabla de salvación. Los acontecimientos, o el desarrollo

lineal son factores prescindibles, pues todo parece flotar en un escenario de irrealidad. A través de citas, pasajes de novelas y poemas, la literatura es aprendizaje, búsqueda de una identidad compartida por las lecturas, y una vía de evasión. No es casualidad que por estas páginas pasen desde Valéry, Dickens, Poe, Hazlitt, Wordsworth, etc.; a referencias cinéfilas explícitas. Bremer nos procura una cercanía, una devoción y una amistad ya casi inconduccionales.

Aitor Francos

De tebeo

Setenta años después de aquel 8 de agosto de 1945 y una década larga después de que apareciera la primera edición en español, regresa a nuestras librerías la obra mayor de Keiji Nakazawa (*Hiroshima*, 1939-2012), con un primer volumen (editado por DeBolsillo) al que seguirán otros dos, hasta completar sus más de dos mil páginas de extensión.

Publicada originalmente desde 1973, *Pies descalzos* narra, bajo un tenue disfraz de ficción, las experiencias personales del autor tras la explosión en su ciudad de la primera bomba atómica. Nakazawa ha confesado que atribuyó a su protagonista, Gen Nakaoka, lo que él vivió o vio cuando era un niño de seis años, lo que sucedió a su familia en Hiroshima. La bomba causó la muerte de su padre y de dos hermanos.

Formalmente, la obra se atiene a las convenciones habituales del *manga*: personajes con ojos enormes a lo Disney, que gestulan con cierta desmesura caricaturesca y participan en diálogos ocasionalmente declamatorios. Por otra parte, el desarrollo dramático del relato incurre no pocas veces en lo formulario o en el patetismo, y parece animado por un afán didáctico, por el deseo de extraer alguna lección de vida del paisaje de la muerte.

A los manierismos tradicionales del medio en su país, Nakazawa suma, en definitiva, sus limitaciones de dibujante y narrador que, aunque claro y eficaz, no es ni mucho menos brillante. Art Spiegelman, en su prólogo a esta edición, reputa su dibujo “algo desgarrado”. Pero también afirma que, pese a todos esos achaques, la obra imprime a fuego en el lector impresiones que difícilmente olvidará.

Pues nada de todo eso importa en cuanto el relato arriba al suceso que lo motiva, la explosión de la bomba, y empieza el recuento estremecedor de sus consecuencias. Nakazawa logra, con recursos de artesano concienzudo, traducir a escenas creíbles y contundentes el horror que perdura en su memoria de superviviente. El lector se ve arrastrado por su trazo tras los pasos sin rumbo claro de su protagonista y, al azar de sus encuentros mientras vaga entre ruinas, contempla con él una galería de espantos que lo son sobre todo porque no cabe duda de su veracidad: cuerpos agonizantes que se desmoronan, piel que se desprende y carne humana que se descompone por efecto de la radiación.

Nakazawa convierte su memoria personal del infierno en materia fundamen-

Memoria de Hiroshima



Pese a convenciones formales, Nakazawa ofrece un testimonio estremecedor de los efectos de la bomba

mismos para operar sólo como la gramática formal que permite decir tan pesada memoria.

Pies descalzos de Keiji Nakazawa quizá no imparte la lección de esperanza que estaba en el ánimo del autor, pero sí sin duda otra más humilde, la de que unas modestas viñetas dibujadas pueden acrear todo el dolor y el espanto creados por el hombre y suscitar compasión por quienes los sufrieron en un país entonces tan lejano, hace sólo setenta años.

Juan Manuel Díaz de Guereñu

tal del relato y ofrece su testimonio de los efectos devastadores de la bomba en su ciudad. Y ante dicho testimonio, que el dibujo hace presente con insólita contundencia, tópicos gráficos y solecismos narrativos dejan de ser relevantes por sí